

objeto, á cuya consecucion tanta importancia daba la corte de Berlin, se tuviera en cuenta la aquiescencia de las dos potencias marítimas, y este era para el rey prusiano un motivo mas para acercarse á Inglaterra y Holanda.

Muy pronto se vió cuán justificada era la prevision y cuán equivocados andaban todos en sus cálculos. Guillermo III, durante su vida, habia mantenido siempre al rey de Prusia en la creencia de que reconocia la validez de sus pretensiones á la herencia de los Orange; pero abierto inmediatamente despues de su muerte su testamento, vióse que, prescindiendo de las reivindicaciones de Brandeburgo, institua por heredero universal á un pariente colateral, el príncipe Juan Guillermo Friso de Nassau-Díez, encargando la ejecucion de su disposicion testamentaria á los Estados generales á quienes esta disposicion satisfacía por completo. Como la corona de Prusia combatió la legalidad de este testamento, encendióse la larga lucha por la sucesion de Orange, cuyos detalles no hemos de relatar, bastando decir que Federico I, sin esperar el resultado de la contienda, tomó posesion en 1702 de los condados de Lingen y Mors pertenecientes al Imperio.

Cuando surgió la sorpresa de aquel testamento, el rey Federico encontrábase ya ligado por los tratados con las potencias marítimas y con el emperador, y creyó que su situacion le obligaba á tomar parte en la lucha contra Luis XIV, no solo en cumplimiento de un tratado de tropas y subsidios, sino como aliado independiente. En 30 de diciembre de 1701 habia declarado su ingreso en la Gran Alianza, declaracion á la que siguió inmediatamente el reconocimiento oficial de la dignidad real prusiana por parte de las potencias marítimas. En realidad no era esto lo que queria la corte imperial, la cual hubiera preferido que el nuevo rey prusiano no hubiera desempeñado sino el papel secundario de potencia auxiliar obligada (1), y de hecho puede decirse que Prusia, en la guerra de sucesion, no estuvo muy por encima de esta categoría.

Otros príncipes alemanes se unieron voluntariamente á la Gran Alianza y fueron: el elector Juan Guillermo del Palatinado, los dos landgraves de Hesse, el elector Carlos José de Tréveris (príncipe lorenés) y el elector Lotario Francisco de Maguncia. En los círculos suabio y franconio agitábase de nuevo las ideas de asociacion que pocos años antes habian fracasado (2), aunque solo con el propósito de mantenerse en una neutralidad armada conveniente á su propia seguridad; pero la corte imperial supo dar pronto al movimiento comenzado una direccion distinta. El emperador, en nombre del círculo austriaco, entró por el convenio de Nordlingen en la asociacion de Suabia y Franconia, y á consecuencia de esto ingresaron tambien en ella los círculos del alto Rhin y del Electorado del Rhin, de modo que en el tratado de Nordlingen de 20 de marzo de 1702 consumóse la «Asociacion de los cinco círculos anteriores del Imperio» á pesar de cuanto para evitarlo hicieron los agentes franceses; pocas semanas despues, los círculos así unidos se adhirieron formalmente á la Gran Alianza (3). Entonces se confió al margrave Luis de Baviera la difícil tarea de formar con los contingentes de doscientos círculos un ejército aguerrido en el alto Rhin, encargándole al propio tiempo de su mando.

Declarada y comenzada ya la guerra, reunióse la Dieta

(1) Véase Noorden: *Historia europea en el siglo XVIII*, tomo I, página 220.

(2) Véase mas arriba, pág. 305.

(3) Kopp: *Asociacion de los círculos anteriores del Imperio*, pág. 141. Apéndice, pág. 88. El círculo westfalia entró en la asociacion algo mas tarde.

alemana y hasta 30 de setiembre de 1702 no se decidió formalmente en Ratisbona la guerra del Imperio.

La completa unanimidad con que en 1689 se habia opuesto el Imperio á las violencias de Luis XIV no se reprodujo en esta ocasion, antes al contrario la diplomacia francesa consiguió formarse allí un partido importante, no por su número, pero sí por su poder.

Con Francia habíase aliado estrechamente, además de varios pequeños príncipes, el duque Antonio Ulrico de Wolfenbuttel, quien cada día sentía mayor odio hácia la casa de Hannover que tan brillantemente se encumbraba y hacia mas enérgica oposicion á la dignidad electoral conferida á la línea mas joven de los Güelfos (4). El era quien dirigía las múltiples intrigas que bajo pretexto de neutralidad tendían á la formacion de un partido de oposicion aliado con Francia; y como no escaseaba el dinero francés, organizóse un ejército de 12.000 hombres que permanecía en los territorios de Wolfenbuttel siempre dispuesto á entrar en acción, lo cual constituía un peligro no despreciable en primer lugar para los duques de Celle y Hannover y despues para el partido del Imperio contrario á Francia y para la causa de la Gran Alianza. Pero el mal pudo atajarse en este punto gracias á la oportunidad y energía con que se acudió á remediarlo. Los duques Jorge Luis de Hannover y Jorge Guillermo de Celle, despues de haber preparado el golpe con todo sigilo, penetraron sin previo aviso y con fuerzas considerables, durante la noche del 20 de marzo de 1702, en el territorio del primo enemigo: las tropas de Wolfenbuttel que no esperaban ser atacadas fueron sorprendidas en sus cuarteles, apartadas unas de otras, y vencidas sin gran esfuerzo; y aquella sorpresa nocturna hizo que en pocos días quedaran destruidos los grandes aprestos y se vinieran abajo los planes que en ellos se habian fundado. El duque Antonio Ulrico huyó del país y su hermano Rodolfo Augusto hubo de contentarse con un convenio (19 de abril de 1702) en virtud del cual pasaron al servicio del emperador y de la Gran Alianza la mayor parte de las tropas vencidas que habian sido reclutadas con el oro de Francia.

De este modo quedaron oportunamente sofocados los gérmenes del partido armado francés que se intentaba formar en la Alemania del Norte. En cambio Luis XIV adquirió en el Sur un partidario que valía mucho mas por su poderío, por la situacion de su país y por su respetabilidad personal: el elector Maximiliano Manuel de Baviera.

Cuando en febrero de 1689 las soberbias esperanzas que el ambicioso Wittelsbach habia puesto en la herencia española quedaron enterradas en la tumba de su hijo, el joven José Fernando, hubo un momento en que le pareció ver cerradas todas las sendas á su ambicion desmedida. Su política, prescindiendo de algunas vacilaciones y ambigüedades, habia revestido hasta entonces un carácter de grandiosidad, de firmeza y de habilidad patriótica; pero desde aquel instante adoptó el sistema de los caminos tortuosos, de los planes aventureros, del desvío desleal hácia sus naturales aliados y del servilismo respecto de Francia con todas sus funestas cuanto merecidas consecuencias.

Las relaciones entre Maximiliano Manuel y la corte de su pariente el emperador habíanse ido enfriando cada vez mas desde algunos años antes: Maximiliano, casado en segundas nupcias con Teresa Cunegunda, hija del rey de Polonia Juan Sobieski (enero de 1695), habia abandonado su territorio hereditario de Baviera y fijado su residencia en Bruselas como gobernador de los Países Bajos españoles.

Del naufragio de sus grandes esperanzas pensaba poder

(4) Véase más arriba, págs. 296 y 300. Havemann, tomo III, pág. 362.

salvar por lo menos algunos restos importantes, y estuvo algun tiempo vacilando entre cual solucion ofrecía mayores probabilidades de éxito, si la antigua alianza con Austria ó la inteligencia con Francia, procurando mantener el camino expedito para adoptar una ú otra segun le conviniese, y continuando este juego despues cuando surgió la cuestion de la sucesion española.

Esto no obstante, fué uno de los primeros en reconocer á Felipe V como rey de España; abrió á las tropas francesas las fortalezas belgas; mandó además arrojar á las guarniciones holandesas de las plazas de la *Barrera* que ocupaban en virtud de los tratados, y entró en negociaciones para una estrecha alianza con Francia. En 9 de marzo de 1701, su agente en París, el conde de Monasterol, firmó con Luis XIV y Felipe V una alianza defensiva provisional y en abril del propio año Maximiliano regresó á Munich, de donde habia salido nueve años antes, para hacer allí sus aprestos militares y emplear su influencia sobre los círculos del Sur de Alemania. Aconsejábales que no se dejaran seducir por la política imperial que queria apartarles de la neutralidad favorable á Francia é impulsarles á tomar parte activa en la lucha; pero, como hemos visto, no pudo conseguir su objeto.

A pesar de la alianza concertada con Francia en marzo de 1701, aun prosiguió Maximiliano Manuel su sistema de tira y afloja negociando con la corte imperial y con las potencias marítimas y hubo una temporada, en el verano de 1702, en que se mostró inclinado á aceptar una proposicion de la diplomacia inglesa por la cual á cambio de la cesion de Baviera al emperador recibiría el elector el reino de Nápoles y Sicilia (1). Pero tampoco esta tentativa produjo el apetecido resultado, pues aunque la corte de Viena hubiera acogido con júbilo la alianza de Baviera, no estaba dispuesta á comprarla á tan elevado precio. En cambio Luis XIV estaba resuelto á adquirirla costara lo que costase y al fin la adquirió como deseaba. Maximiliano obtuvo las mas halagüeñas promesas: en el Imperio serian suyos el Palatinado del Rhin y otros territorios; en Bélgica lograría el estatuto hereditario; obtendría el título de rey, Francia le auxiliaria en la próxima eleccion imperial, y además de todo esto recibiría cuantiosos subsidios. A cambio de tales promesas, el elector se comprometió á emprender la lucha al lado de Francia con 25.000 hombres.

Ya antes que él su hermano José Clemente de Colonia habia efectuado su aproximacion á la corte francesa á pesar de la enérgica oposicion de su cabildo catedral: en su gobierno revivieron los recuerdos de los calamitosos tiempos de Furstenberg, y otra vez, como entonces, el segundo elector del Imperio abrió en 1701 á los franceses su obispado de Lieja y les entregó todas sus plazas fuertes del Rhin.

Luis XIV habia, pues, logrado atraer á su causa dentro del Imperio á estos dos aliados que eran para él tanto mas importantes cuanto que eran los únicos.

En realidad no podia decirse que la guerra de sucesion española que entonces empezaba fuese de interés esencial para Alemania: en el fondo poco importaba á la salud y prosperidad del imperio que ocupara los tronos de Madrid y de Nápoles un Borbon ó un Habsburgo, pues la preponderancia política de una ó de otra dinastía entrañaba graves peligros para toda la Europa central. La casa de Baviera persiguiendo los sueños de propia grandeza, á la cual érale indiferente asentarse sobre el suelo de Alemania ó de Bélgica, de Nápoles ó de Milan, abrazó el partido contrario al emperador y á la mayoría de los compañeros alemanes del

(1) Véanse Noorden, tomo I, pág. 274; de Vogue: *Villars, segun su correspondencia*, etc. (París, 1888), tomo I, pág. 145.

Imperio y se puso al lado de Francia cuyos planes, tan funestos para Alemania, habia sido en otro tiempo Maximiliano el primero y mas enérgico en combatir. La política de los Estados alemanes en la guerra de sucesion española carece casi principalmente de independencia, de convencimiento y de verdadera nobleza; pero el que peor papel representó en aquella lucha fué Baviera, y en verdad que pagó muy caro su yerro.

### CAPÍTULO III

LA GUERRA DE SUCESION DE ESPAÑA HASTA LA MUERTE DEL EMPERADOR LEOPOLDO

Mientras ocurrían los sucesos que dejamos mencionados, hacia tiempo que habia comenzado la lucha.

En efecto, el emperador Leopoldo, mucho antes de estar seguro de sus aliados para la gran guerra y en tanto que las potencias marítimas se mantenían á la expectativa sin atreverse á tomar una resolucion decisiva, habia ya roto las hostilidades en Italia. Por la importancia que en Viena se concedía especialmente á la adquisicion de la porcion italiana de la herencia española, habíase resuelto empezar el ataque por aquella península para evitar que en ella se estableciera la dominacion hispano-francesa. Era necesario proceder allí con toda rapidez, pues así en Milan como en Nápoles habíase efectuado ya la toma de posesion en nombre de Felipe V y los mas importantes de entre los otros Estados habian sido ganados por Francia por medio del oro, del temor ó de las esperanzas. El rey Víctor Amadeo de Saboya habia renovado su alianza con Luis XIV; el duque de Mantua habia admitido en su fortificada capital tropas francesas; la princesa de Mirándola habia entregado tambien á estas su plaza fuerte, y el papa Clemente XI era favorable á los intereses borbónicos. Unicamente la república de Venecia miraba con recelo cómo se afirmaba en Italia la soberanía de Francia, pero no acostumbraba desde hacia mucho tiempo á tomar parte enérgica en las complicaciones políticas que en nada afectaban á su comercio y á sus colonias de Oriente, procuraba, de buen ó mal grado, buscar su salvacion en la neutralidad.

De modo que el emperador emprendía el ataque solamente con sus propias fuerzas, cuya direccion habia confiado á Eugenio de Saboya. Este se hizo cargo en mayo de 1701 del mando del ejército del Tirol meridional reunido en Roveredo. El mariscal francés Catinat, encargado del ejército de la Alta Italia, comprendió muy pronto que el enemigo que tenia enfrente era superior á él, pues mientras él vigilaba los pasos de Monte Baldo y el desfiladero de Bern para impedirle la entrada en la llanura lombarda, Eugenio, engañando á su adversario, abrióse camino hasta el territorio de Vicenza por abruptos senderos que ningun ejército habia pisado hasta entonces, y en los primeros días de julio se encontraba á pocas millas de Verona cuando Catinat ni siquiera tenia noticia cierta de que los austriacos hubiesen salido de sus posiciones de Roveredo, Eugenio, despues de haber atravesado el Etsch y efectuando continuamente movimientos inesperados, supo desorientar al viejo y experto Catinat, el cual no sabiendo si los imperiales pensaban marchar sobre Milan, ó sobre Ferrara y Módena ó quizás sobre Nápoles, vióse obligado á dividir sus fuerzas. Conseguido este objeto, Eugenio cayó sobre los franceses y derrotó por completo á Catinat en la sangrienta batalla de Carpi (9 de julio de 1701), que fué la primera que se libró en la guerra de sucesion española.

En los meses siguientes las armas imperiales fueron de victoria en victoria. Luis XIV, profundamente impresionado

por las inauditas derrotas sufridas por uno de sus mas ilustres mariscales, quitó á Catinat el mando en jefe del ejército de Italia y lo encomendó á su favorito, el altanero mariscal de Villeroy odiado por el ejército, quien en agosto hizose cargo de él no sin haber antes obtenido considerables refuerzos.

Nada ganaron los franceses con este cambio de generales. Cuando Villeroy, despues de pasar el Oglio, lleno de orgullosa confianza en la victoria, atacó al príncipe Eugenio en



El príncipe Eugenio de Saboya

Facsimile de un grabado de Jorge Federico Schmidt (1712-1775)

sus trincheras de Chiari (1.º de setiembre de 1701), sufrió una completa derrota y se tuvo que limitar desde entonces á mantenerse en la defensiva. El de Saboya molestando sin cesar á los franceses, ora en un punto, ora en otro, y protegido en todas partes por la poblacion que era completamente adicta á los austriacos, no concedió á sus tropas ni á las de su enemigo mas que un corto descanso durante el invierno; pero ya en 1.º de febrero de 1702 los alemanes atacaron de improviso la plaza fuerte de Cremona y al penetrar en ella sorprendieron dentro de la ciudad al mariscal Villeroy y se lo llevaron prisionero. Repuestos de su sorpresa los franceses, sostuvieron una encarnizada lucha en las calles obligando al príncipe Eugenio á abandonar de nuevo aquella plaza que tenia ya medio conquistada; mas á pesar de esto, el hecho de llevarse prisioneros á un mariscal de Francia y á novena oficiales franceses cogidos en una ciudad bien fortifi-

cada y guarnecida fué una atrevida hazaña de primer orden que aumentó la fama del saboyano é indujo á los franceses á abandonar á los alemanes todo el territorio hasta el Adda, á excepcion de Mantua, Cremona y algunas pequeñas plazas (1). La corte de Viena pensaba ya en enviar á Nápoles una parte del ejército de la Lombardia para apoyar un proyectado levantamiento de la nobleza napolitana descontenta de la dominacion hispano-francesa, empresa que, sin embargo, andando el tiempo se vió que no tenia probabilidad alguna de éxito.

Pero el príncipe Eugenio supo hacer fracasar esa tentativa que le habria obligado á fraccionar sus fuerzas precisamente cuando habia ido tan allá en su campaña que no sólo no podia prescindir de la mas mínima parte de sus tropas, sino que por el contrario necesitaba refuerzos á toda prisa, pues en aquella lucha habia exigido de sus tropas mucho mas de lo que buenamente podian hacer. Sus fuerzas estaban extenuadas por marchas y combates incesantes que habian disminuido considerablemente el ejército, y como á esto se agregaban la carestía de víveres, la falta de pagas y las enfermedades, necesitábase toda la adhesion personal de los soldados á su prodigioso jefe para mantener en ellos la union y el espíritu militar. Pero á pesar de las mas apremiantes instancias, Viena no enviaba refuerzos ni dinero: en el consejo áulico de guerra reinaba la mas espantosa confusion desde que al ilustre Rogerio de Starhemberg, que habia muerto en 1701, habia sucedido el inepto conde Mansfeld, afiliado á una faccion desafecta al príncipe Eugenio; de suerte que este vióse reducido á sus escasas y heterogéneas fuerzas, hasta el punto de que en la primavera de 1702 solo disponia de 28,000 hombres y aun de estos una parte distraidos en el servicio de guarniciones y otra en el bloqueo de Mantua.

Así las cosas, encontráronse los imperiales de Italia enfrente de un nuevo enemigo, un general peritísimo al frente de un ejército notablemente reforzado.

Inmediatamente despues de la prision de Villeroy, Luis XIV envió á Lombardia para combatir al invencible saboyano, á su tercer mariscal, el duque Luis de Vandoma, uno de los bastardos de la casa real de Francia dotados de mas talento, biznieto de Enrique IV y de Gabriela de Estrées, y próximo pariente de Eugenio de Saboya. Era el de Vandoma en su vida privada violento de genio y muy vicioso, pero como general su talento militar, su energía, su ardor y su ingenio habíale hecho el ídolo del ejército.

Apenas el nuevo general francés se puso al frente del ejército, compuesto entonces de 80,000 hombres, la campaña tomó un sesgo muy distinto del que antes tuviera, viéndose Eugenio obligado á adoptar una actitud defensiva, que supo mantener con su acostumbrada maestría aprovechando con oportunidad todas las ocasiones para dejar la defensa por el ataque. Los imperiales hubieron de abandonar con sensibles pérdidas el bloqueo de Mantua; pero cuando el duque de Vandoma, confiando en la superioridad de sus fuerzas, quiso cercarles por distintas partes para acabar con ellos paulati-

(1) La narracion mas exacta de los sucesos de Cremona se encuentra en la obra de Armeth: *Vida del conde Guido de Starhemberg*, página 247. En Paris celebróse como una victoria la jornada de Cremona, no tanto porque se habia conservado la ciudad como porque los franceses se veían libres del inepto Villeroy:

*Français, rendez grace á Bellone,  
Votre bonheur est sans égal,  
Vous avez conservé Cremona,  
Et perdu votre général.*

«Franceses, dad gracias á Belona; vuestra fortuna no tiene ejemplo: habeis conservado á Cremona y perdido vuestro general.»

namente ó cuando menos obligarles á salir de Italia, Eugenio atacó resuelta y rápidamente, y con la batalla de Luzzara (15 de agosto de 1702), por él ganada, demostró al mariscal francés que el contar con fuerzas triples no bastaba para lograr el triunfo decisivo. Desde aquel momento la lucha se estacionó: Vandoma no intentó ninguna otra gran batalla y ambos ejércitos permanecieron uno frente á otro sin salir de

sus atrincheramientos, siendo los franceses los primeros en retirarse para buscar cuarteles de invierno.

Habia, pues, fracasado el poderoso avance de Vandoma en el que tanto confiara Luis XIV para arrojar á los imperiales de Lombardia. Pero el príncipe Eugenio sabia que con su ejército reducido á la última expresion no podria resistir un nuevo ataque y no cesaba de enviar emisarios á Viena en



El mariscal de Villeroy. Facsimile reducido de un grabado contemporáneo anónimo

demanda de tropas y dinero. Nada consiguió, sin embargo; sus quejas quedaban las más de las veces sin contestacion y él mismo se lamenta de no haber recibido en cuatro meses sino una carta del consejo de guerra áulico, y aun esta completamente insubstancial. En sus comunicaciones no se recataba de decir que era preciso transformar fundamentalmente aquel organismo central á menos de que no se quisiera abandonar la lucha; y amenazaba con retirarse si no se le enviaban refuerzos.

En diciembre de 1702 traspasó el mando al general de artillería Guido de Starhemberg y marchó apresuradamente á Viena para exigir que se introdujeran en el Consejo las modificaciones que él consideraba imprescindibles; pero hubieron de transcurrir muchos meses antes de que consiguiera ver realizados sus propósitos, que consistían en arrancar la

direccion financiera y militar de las torpes manos de consejeros de la antigua escuela, á quienes estaba acostumbrado á otorgar su confianza el emperador Leopoldo que se iba haciendo viejo. La transformacion de los dos mas altos cuerpos del Imperio no se llevó á cabo hasta junio de 1703, cuando Austria se vió por todos lados amenazada por los mas graves peligros: en virtud de ella, el príncipe Eugenio se encargó de la presidencia del Consejo de guerra áulico, en sustitucion del conde de Mansfeld, y por tanto de la direccion suprema de todo lo que al ejército se referia, y la presidencia de la Cámara áulica, es decir, la direccion suprema de la Hacienda, fué poco despues conferida al sabio y digno conde Gundacker de Starhemberg, hermanastro del defensor de Viena. Gracias á esto fué posible emprender en la administracion interior una reforma cuyos frutos pronto habia de recoger el emperador.

Mientras en Lombardía ocurrían aquellos sucesos preliminares de la gran guerra, ésta estallaba también en otros puntos.

A la lucha en los Países Bajos faltábale entonces la ilustre autoridad de Guillermo III que unía á dos naciones; pero los talentos políticos y militares que por modo tan admirable encontrábanse reunidos en la persona del gran Orange, es-



Francisco Rakoczy II. Facsimile de un grabado contemporáneo anónimo

había recibido su primera educación militar en el ejército de Luis XIV, á las órdenes de Turenna (1), es decir, en el mismo ejército que iba á combatir: era, además, el «hombre mas bello del mundo,» que se había encumbrado no solo por sus talentos militares y diplomáticos, sino también por el favor de las damas y por las intrigas de la corte, hombre de temperamento frío, distinguido, flexible cortesano y siempre seguro de sí mismo, por lo menos en los tiempos de prosperidad. Como hombre de Estado era aventajado discípulo del gran Orange, aunque carecía de la grandeza de ánimo que á este caracterizaba; como general, pronto había de ver el mundo lo que valía.

Tal era la persona á quien se confió la dirección de la guerra

(1) Véase pág. 216.

tuvieron en cierto modo compensados por el genio del duque de Marlborough que también abarcaba dos naciones, hombre á quien Guillermo había recomendado personalmente á su sucesora, la reina Ana, como el mas á propósito para continuar su obra y que durante una década fué el director de la política de Inglaterra en la guerra y en el interior. Marlborough tenía en aquella sazón cincuenta y dos años y

en los Países Bajos. No hemos de relatar aquí las luchas de los primeros años en aquellos territorios, luchas en las cuales no ocurrió, por otra parte, ningún hecho decisivo. Al propio tiempo que estas comenzó la campaña del bajo Rin, en la que las tropas imperiales, prusianas y del Palatinado invadieron el territorio del elector de Colonia, conquistando Kaiserswerth, Rheinberge y Bonn, y en el curso de los años 1702 y 1703 arrojaron á los franceses de aquel electorado, mientras los aliados se apoderaban del obispado de Lieja, perteneciente al elector José Clemente.

La vigilancia de las fronteras imperiales en el alto Rin estaba encomendada al margrave Luis Guillermo de Baden, el cual, siguiendo su sistema que tan buenos resultados le había dado en la guerra anterior, estableció una serie de líneas fortificadas para defender aquel territorio y la Selva

Negra, de entre las cuales las mas importantes fueron las de Stollhofen situadas entre Buhl y la población de aquel nombre, enfrente de Estrasburgo, desde las que esperaba poder impedir que los franceses avanzaran hácia la Alemania del Sur y, en caso favorable, avanzar él triunfante sobre Alsacia. Los alemanes inauguraron por este lado la lucha en el verano de 1702 con el sitio de Landau, la ciudad fortificada por Vauban, que hubo de capitular en 11 de setiembre, y apenas comenzada allí la guerra resurgió la cuestión de Alsacia.

Pero en aquel mismo momento estalló, aunque no completamente, la mina que la diplomacia francesa había dispuesto en Munich. El elector Maximiliano Manuel, que hasta el último instante había negociado con el emperador, arrojó al fin la máscara y rompió las hostilidades, atacando por sorpresa en 9 de setiembre la ciudad imperial de Ulm para que este importante punto de apoyo en el Danubio no cayese en poder del emperador y al mismo tiempo para intimidar al círculo suabio. El plan convenido consistía en que Maximiliano Manuel avanzara inmediatamente hácia el alto Rin, mientras simultáneamente un cuerpo francés á las órdenes de Villars saldría de Alsacia y atacaría las posiciones que en el Alto Rin ocupaba Luis Guillermo de Baden. De esta manera se confiaba romper, por medio del ataque combinado por ambos lados, las líneas defendidas por el margrave, atravesar luego la Selva Negra, ganar la línea del Danubio y desde allí proseguir la guerra en los territorios hereditarios del emperador.

Este plan, sin embargo, no pudo aquella vez llevarse á cabo. Maximiliano Manuel, cuya actitud seguía siendo ambigua y que había anudado sus negociaciones secretas con el emperador, se retrasó en emprender la marcha sobre el Rin, y aun cuando Villars pasó este río por Hunningen é intentó seguir avanzando, vióse atajado en su camino por el margrave de Baden. Libróse entonces la batalla de Friedlingen (14 de octubre de 1702), que ambas partes aseguraron haber ganado, aunque con mas fundamento pudo creerlo así el general francés, á quien se otorgó por ello el bastón de mariscal. Esta acción tuvo, sin embargo, la ventaja para los imperiales de que hizo fracasar, á lo menos por aquel año, el avance de los franceses sobre la Alemania del Sur (1). Villars, según él mismo escribía al príncipe bávaro, «no se creía bastante demonio para recorrer solo el camino al través del valle de Hollen (valle del Infierno) por Friburgo.»

Durante el año 1703 ocurrieron grandes acontecimientos.

Luis XIV estaba decidido á hacer objeto principal de la campaña la realización de la empresa que había fracasado en el año anterior, es decir, la que tenía por objeto invadir los territorios del alto Rin, reunirse con los bávaros, marchar sobre Suabia y llevar las operaciones á los territorios hereditarios imperiales y á Viena, ampliando este plan con el de que Vandoma avanzara por el Tirol con el mismo objetivo. El mariscal Villars fué designado para dirigir el ataque, á cuyo fin recibió grandes refuerzos, y el elector Maximiliano Manuel, cuyo ejército había sido aumentado durante el in-

(1) Roeder de Diersburg, tomo I, pág. 104; Vogué: Villars, etc., tomo I, pág. 161. Este último autor es el primero que da noticias detalladas de las negociaciones más ó menos ciertas seguidas por Maximiliano Manuel con el emperador en Octubre de 1702 (pág. 178). En Viena, según parece, no se creyó en la formalidad de las proposiciones del elector, que, además, fueron estimadas exorbitantes, por lo que pocas semanas despues quedaron rotas las negociaciones. En la corte imperial existía un partido á cuyo frente estaba el joven rey de Romanos José I que no deseaba entrar en inteligencias con el de Baviera y antes esperaba mayor ventaja de tenerlo por enemigo en el caso, por supuesto, de que resultase vencido.

vierno hasta 40,000 hombres, estaba dispuesto á efectuar su union con los franceses.

Al emperador esperábase un año terrible. Todavía no se había llevado á cabo la modificación exigida por el príncipe Eugenio en los dos elevados cargos administrativos, y hasta que se realizó (en el verano de 1703) no era de esperar que el éxito coronase, ni aun paulatinamente, los esfuerzos del de Saboya. De modo que el ejército y la hacienda continuaban en el estado de confusión mas espantoso, á lo cual había



El mariscal de Villars  
Facsimile de un grabado contemporáneo anónimo

que agregar la reproducción, en 1702, de la guerra de los Kuruzzes en la Alta Hungría, preludio de la gran insurrección nacional á cuyo frente se puso durante el verano de 1703 Francisco Rakoczy II. Ciertamente también Luis XIV tenía que sofocar una rebelión en su propio país, el levantamiento de los *camisardos* protestantes de los Cevennes; pero este episodio casi nada perjudicaba sus operaciones de la gran guerra, al paso que al emperador la rebelión húngara le obligaba á distraer fuerzas que le eran indispensables para la lucha principal.

El primero en experimentar las consecuencias de esta situación difícil fué el margrave Luis Guillermo de Baden que, como feldmariscal del Imperio en el alto Rin, hubo de resistir el primer ataque. Su ejército era reducidísimo, pues los regimientos imperiales habían sido destinados á defender los territorios hereditarios y los contingentes que enviaba el Imperio eran muy escasos y en su mayoría poco